Domingo 30 de agosto de 1992

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

LOS INDIOS: LA HISTORIA JAMAS CONTADA

NUESTROS ANTEPASADOS

Casi lo único que se sabe de los indios argentinos es que ya casi no están, que sus voces no se oyen, que sus muertes no cuentan. Y, sin embargo, no hay historia argentina más argentina que la de nuestros antepasados. El libro de un antropólogo, Carlos Martínez Sarasola —del que se entrega en este número un adelanto exclusivo—, permite que el lector se ponga al día con un relato que no conoce y que, sin embargo, le pertenece (páginas 2/3).

Las ilustraciones de páginas 1, 2, 3 y 7 han sido tomadas del libro Los indios en la Argentina 1536-1845, *de Bonifacio del Carril, que Emecé publicará en breve.*
Los personajes de la foto son el cacique Manuel Namuncurá, vestido de coronel, entre sus hijos Ceferino (derecha) y Julián.

¿Hasta qué punto la historia de la Argentina no es la historia de sus indios? "Nuestros paisanos los indios", el libro de Carlos Martínez Sarasola, que Emecé publicará el mes próximo y del que se adelanta aquí uno de los capítulos centrales, resume un drama que se remonta a doce mil años atrás, época de los primeros asentamientos en el territorio nacional, y que se prolonga en los procesos de mestizaje, la lucha contra el blanco y los relatos de exterminio, confinamiento y miseria de las comunidades indígenas. Los indios, hasta ahora, parecían algo ajeno y remoto. Esta obra convierte su agonía en la agonía de todos.

COMO LOS DESPOJARON DE

Una excursión a

CARLOS MARTINEZ SARASOLA *

Para todas las culturas, la tierra es la posibilidad del arraigo, la alternativa crucial para fijar raíces y desarrollarlas, es el ámbito de encuentro con la vida coditiana; "es el 'suelo existencial' que, para el paisano es el 'pago' y, para el hombre de la ciudad 'el barrio' ". Para los indígenas, su suelo existencial se expande por esa tierra sobre la cual viven sus días. Una tierra que muchas veces significa el mundo, en el cual ellos, sus habitantes, son los únicos hombres.

Tener la tierra es tenerse a sí mismos como hombres y en el caso de las comunidades indígenas libres de la llanura la necesidad es todavía más vital: desde hacía casi tres siglos, defendían sus territorios con uñas y dientes, generación tras generación, en un legado permanente que era la bandera de lucha de padres e hijos como lo había sido de sus ancestros.

Pero por encima de todos los significados que poseía la tierra para nuestras comunidades originarias había otro argumento, quizás el más valedero como para explicar por qué la Conquista del Desierto conllevó un verdadero despojo de la tierra y es que ella era propiedad legítima de las comunidades originarias. Sólo la violencia y el uso de la fuerza pudieron consumar la quita de tierras a sus legítimos dueños porque por otra vía, la legal, por ejemplo, ello hubiera resultado poco menos que imposible.

No puede desconocerse que la constitución jurídica del Estado argentino era por entonces un hecho consumado, lo cual implicaba necesariamente la unidad territorial. Pero lo que no puede negarse tampoco es que en aras de aquella constitución se cometió un latrocinio contra los indígenas que, salvo en circunstancias excepcionales, nunca fueron considerados parte de la sociedad argentina.

Después de su derrota las comunidades indígenas libres, desintegradas y confinadas, vieron con desconsuelo cómo sus territorios eran ocupados en forma vertiginosa por los voraces nuevos propietarios, impulsados desde Buenos Aires por la recientemente creada Sociedad Rural Argentina:

"En su clásico *La burguesía terrateniente argentina,* Jacinta Oddone afirma que las leyes que se dictaron con posterioridad a la Conquista del Desierto enajenaron, en realidad, 34.006.421 hectáreas, con la alarmante aclaración de que 24 personas recibieron parcelas que oscilaban entre las 200 y las 650 mil hectáreas."

Pero los indígenas habían perdido algo más que la tierra. Fue como si les hubieran arrancado un pedazo del alma: ingresaron entonces de lleno en el túnel de la desintegración cultural.

Un sinnúmero de factores, producto inmediato de la derrota de las culturas libres, golpea la vida comunitaria, desarmando las estructuras políticas, sociales, económicas, aislando a sus miembros entre sí y disolviendo rápidamente los valores tradicionales. Esos factores son los siguientes:

a) exterminio sistemático;
b) prisión;
c) confinamiento en "colonias";
d) traslados a lugares extraños y distantes de su tierra natal;
e) incorporación forzada de nuevos hábitos y/o formas de vida;
f) supresión compulsiva de las costumbres tradicionales;
g) desmembramiento de las familias;
h) epidemias.

En cuanto al exterminio sistemático nos hemos ocupado —y nos ocuparemos— lo suficiente, creo, como para quedar demostrado que él ha sido la causa por antonomasia de la desintegración, en un proceso de décadas que fue minando la resistencia de las comunidades libres.

Pero aun así, los otros factores aparecen con suficiente fuerza propia como para merecer nuestra atención.

La prisión, por ejemplo, fue una práctica también sistemática, utilizada fundamentalmente con los guerreros; se disponía para ello de verdaderos "campos de detención" como Retiro o la isla Martín García, lugar este último que llenaba de terror a los indígenas, por las características geográficas que jamás habían visto:

"El Presidente castigó a Manuel Grande, cuán grande araucano era, mandándolo preso con ocho de sus mocetones y capitanejos a Martín García, en medio del pavor del salvaje de la Pampa, al no divisar tierra de ningún lado, en el buque que los transportaba, y exclamando '¡adónde llevando, cristiano!'."

Muchas veces este lugar servía para negociar con los caciques porque allí eran mantenidos como prisioneros sus familiares, que eran recién entregados una vez satisfechas las demandas. Así sucedió entre otros con el cacique tehuelche Chagallo que sólo cuando se rindió pudo lograr liberar a su mujer, una hermana y dos sobrinos detenidos en la isla.

Epumer y Pincén, entre otros grandes caciques, fueron a dar con sus huesos allí, el primero de ellos con 800 de sus ranqueles... Algún día tendrá que escribirse la triste historia de este lugar que comenzó albergando caciques y terminó confinando a presidentes constitucionales.

En realidad los confinamientos en colonias tenían mucho de prisión, salvo que no tenían ese nombre, debiendo ceñirse los indígenas a un terreno sumamente limitado, bajo las órdenes de un intendente militar, generalmente con la presencia de un sacerdote residente dedicado a la conversión al catolicismo de los "colonos" y con la incorporación forzada de distintos elementos para la subsistencia, tales como útiles de labranza, semillas, etcétera, con el consiguiente abandono de las economías tradicionales.

Tal fue el destino, entre otros, de los "Catrieleros", cuyos sobrevivientes fueron recluidos en el fortín General Conesa en las márgenes del río Negro.

Los traslados a lugares extraños y distantes de su tierra natal fueron uno de los motivos de mayor desintegración de su cultura, al abandonarse compulsivamente —la mayoría de las veces en forma definitiva— el lugar de nacimiento y arraigo. La práctica ya utilizada en tiempos de la Conquista por los españoles (recordemos el caso de los quilmes) tuvo, a posteriori de la ocupación de Pampa y Patagonia su máxima expresión, con nefastas consecuencias:

"...varias familias fueron llevadas al Chubut, donde sin duda perecerán sin sucesión, pues el indio se agosta, esteriliza y muere fuera del medio ambiente en que nació, como lo demuestra la mortalidad que en Buenos Aires ha extinguido casi a los que se trajeron y regalaron cuando la Conquista del Desierto."

La mayoría de las veces, los traslados se realizaban en agotadoras travesías a pie, constituyendo verdaderas caminatas de la desintegración:

"Los mapuches —tal como la gente de Sayhueque, Inacayal, Foyel, Chiquichan— habían sido y estaban siendo concentrados en el fuerte de Junín de los Andes y de ahí llevados a Carmen de Patagones para ser trasladados a Buenos Aires por barco. A medida que llegaban a la ciudad rionegrina, los sacerdotes del lugar les iban proveyendo de indumentaria donada, según las instrucciones de Monseñor Aneiros. Resulta extraña esta declarada carencia, pues los andinos eran indios vestidos. ¿O las



SUS TIERRAS

los indios



inacabables marchas de los éxodos de Neuquén y del cruce de la Patagonia los redujo a harapos? Nos inclinamos más por este supuesto. De Junín a Patagones, de los Andes al Atlántico, siguiendo el río Negro, exceden los mil doscientos kilómetros. Exodo fabuloso de la derrota y la desesperanza. Las penurias deben haber sido superlativas y la multitud de ancianos, mujeres y niños han de haber arribado a la desembocadura en estado calamitoso. Los hebreos al dejar Egipto para alcanzar la Tierra Prometida no recorrieron trescientos kilómetros. Y les movía un fuerte anhelo redentor. Aun de Palestina a Babilonia no media aquella distancia. Entretanto, los mapuches iban a la esclavitud y a la dispersión. Y lo sabían. Las peregrinaciones bíblicas resultan, así, menores, al lado de estas forzadas migraciones patagónicas.''

Estos traslados masivos permitían despoblar los territorios ocupados, tarea imprescindible para las futuras explotaciones agricologanaderas.

Lo concreto es que muchísimos de los caminantes morían en el trayecto mientras que el resto, llegado a destino, iniciaba un nuevo proceso de dispersión.

En cuanto a la incorporación forzada de nuevos hábitos y/o formas de vida fue una constante en los indígenas trasladados, recluidos o confinados. Infinidad de nuevas actividades, inicialmente antagónicas con las prácticas tradicionales, debieron ser realizadas por los indígenas en forma abrupta, provocando golpes emocionales típicos del desgarramiento cultural: los otrora cazadores de la llanura pasaron, por ejemplo, a ser marineros:

''...el ministro Roca resolvió que se eligieran ciento cincuenta de ellos, 'los que estuvieran en mejores condiciones' y se les destinara al bergantín goleta 'Rosales', 'para que se instruyan en los trabajos de marinería a fin de que reemplacen más tarde a los marineros de nacionalidades extranjeras que se hallan tripulando los buques de la escuadra'. La idea no era mala, pero el resultado no fue gran cosa. El pampa no tenía por qué dar de sí buenos marineros, ni era el indicado para reemplazar a aquellos lobos gallegos, portugueses, genoveses y británicos que formaban parte principal de la tropa sufrida y heroica de los barcos de la guerra de la pequeña escuadra nacional.

Debiera de haberse ocupado Fray Mocho de historiar los días pasados por aquellos indios a bordo de la 'Rosales' para dejarnos una sensación exacta de lo que costara acostumbrarlos al agua y habituarlos a obedecer el golpe de corneta.''

No es necesaria la letra de Fray Mocho para imaginar el terror de los guerreros frente a su nuevo hogar en medio de las aguas.

Sin embargo, la adaptación forzada no tardó en producirse y muchos de ellos, en calidad de prisioneros de guerra, pasaron a servir en la Armada por el término de seis años.

Muchísimos prisioneros —se calcula que por lo menos 600 de ellos— fueron enviados al Tucumán para trabajar en los ingenios azucareros y las mujeres y los niños pasaron a integrar la servidumbre de las familias de Buenos Aires.

Zafreros, marineros o sirvientes domésticos fueron algunos de los nuevos roles que forzadamente debieron asimilar, perdiendo de a poco, en la nueva rutina cotidiana, las antiguas prácticas comunitarias.

En este sentido, la supresión compulsiva de las costumbres tradicionales coadyuvó al proceso de desintegración cultural, acelerada aquella supresión a través de las distintas formas de dispersión comunitaria que se implementaron. Desde las más pequeñas prácticas hasta las ceremonias colectivas fueron objeto de persecución, como, por ejemplo, la suspensión de rituales mortuorios en ocasión de la muerte del cacique Ignacio Coliqueo el 16 de febrero de 1871, antes de las campañas de Roca:

''En momentos en que los indios se disponían a dar sepultura al cadáver llegó el coronel Boerr, y al ver que siguiendo sus usos y costumbres iban a sacrificar los caballos del finado, los perros que más quería, las mejores ovejas, en fin, todo aquello que el difunto cacique tenía en más estima para enterrarlo junto a él, pues nuestros indios consideraban la muerte como un corto viaje.

(...) Al ver esto el coronel Boerr, tomó la palabra (...) haciéndoles comprender que ellos no se hallaban en el caso de los indios salvajes de la pampa; que se hallaban ya en un centro de civilización y que por tanto debían abandonar aquellas costumbres de salvajismo (...) Además de esto, hízoles ver que la sociedad tiene mil medios para purificarlos, para que arrojen de sí ese humor acre y corrosivo, esa lepra moral que está sólo alimentada por sus malas creencias y peor religión.''

O cuando en ocasión de la celebración de un Nguillatún en la misma comunidad las amenazas buscaron anular las prácticas:

''Nunca me había encontrado tan frente a frente con la idolatría como en esta ocasión (...) por eso traté de convencer por todos los medios a ese indio, de que suspendiera la ceremonia (...) Añadí que informaría al gobierno de lo sucedido, y que Dios seguramente no dejaría de castigarlo''.

El desmembramiento de las familias indígenas fue una constante en todo el proceso de la lucha, debiendo soportar la toma de prisioneros en las tolderías, especialmente de las mujeres, que eran trasladadas a Buenos Aires e incorporadas al servicio doméstico.

También eran particularmente tenidas como objetivo las familias de los caciques, cuyos prisioneros posibilitaban luego distintas negociaciones o bien el debilitamiento de las jefaturas.

Como resultado de la campaña de la primera brigada en 1882 a cargo del teniente coronel Rufino Ortega, se produjeron las detenciones de la esposa de Paguitruz Guor, un hijo y una hermana del cacique; la familia de Reuque-Curá y parte de la de Namuncurá.

El desgarro sufrido por las familias enteras de prisioneros llegados a Buenos Aires, ante la separación de padres, madres, hermanos o hijos, provocó la reacción de los propios observadores tal como se desprende de las crónicas de la época:

''... lo que hasta hace poco se hacía era inhumano, pues se les quitaba a las madres sus hijos, para en su presencia y sin piedad, regalarlos, a pesar de los gritos, los alaridos y las súplicas que hincadas y con los brazos al cielo dirigían.

Este era el espectáculo: llegaba un carruaje a aquel mercado humano, situado generalmente en el Retiro, y todos los que lloraban su cruel cautiverio temblaban de espanto (...) Toda la indiada se amontonaba, pretendiendo defenderse los unos a los otros. Unos se tapaban la cara, otros miraban resignadamente al suelo, la madre apretaba contra su seno al hijo de sus entrañas, el padre se cruzaba por delante para defender a su familia de los avances de la civilización, y todos espantados de aquella refinada crueldad, que ellos mismos no concebían en su espíritu salvaje, cesaban por último de pedir piedad a quienes no se conmovían siquiera, y pedir a su Dios la salvación de sus hijos''.

La misma crónica informaba que la situación había cambiado a partir de las directivas de las autoridades de proceder a los traslados de familias completas a los distintos destinos, evitando así la inhumana práctica de la separación; sin embargo denunciaba que ''... ha llegado hasta nosotros el rumor de que después de llevarse los indios sus dueños los reparten entre el barrio, o más lejos, de donde resulta que la hija se despide de la madre quizás para siempre''.

Es imposible, finalmente, determinar cuantitativamente con precisión los estragos producidos por las epidemias transmitidas por la población blanca entre las comunidades indígenas. Sabemos sí que los flagelos se propagaron como un reguero de pólvora entre los aborígenes indefensos, sin anticuerpos ante calamidades tales como el sarampión, la neumonía, la difteria, la tisis y la gripe, que se constituyeron en uno de los principales factores de desintegración cultural cuando no de extinción lisa y llana de algunos grupos.

El desastre de las epidemias corre paralelo en la historia indígena americana a la despoblación sufrida desde que llegan los conquistadores, y nuestro territorio no fue la excepción.

Durante todo el proceso de la Conquista las epidemias golpearon a las comunidades originarias; este fenómeno no se detuvo en la época independentista y tampoco en la etapa posterior de la conformación nacional.

La embestida final de las campañas de 1878, 1879 y posteriores abrió las puertas de la llanura y permitió que las epidemias completaran la tarea llevada a cabo por las fuerzas nacionales:

''En la época que los visité la viruela hacía horribles estragos en la tribu de Manuel Díaz, de Tripailao y Manuel Grande. No había toldo que no fuera castigado por ese terrible flagelo. Resolví hacer una gira apostólica y deseaba bautizar a los enfermos, siquiera a los niños. Es inimaginable lo horrendo y lastimoso que vimos. A lo largo del camino encontramos cadáveres de personas de todas las edades y en ambos lados del sendero, envueltos ligeramente en jergas o cueros y arrojados como carroña en medio de matorrales. Encontramos toldos completamente vacíos. Todos sus moradores habían muerto. En otros, en cambio, había una o dos indígenas salvadas de la muerte segura como por milagro. Muchos habían muerto de hambre, porque desde tiempo les habían cortado sus raciones correspondientes como incorporados al Ejército''.

El triste panorama de la desintegración cultural fue así completado por las epidemias, como si todo lo demás no hubiere alcanzado, como si todo lo demás no hubiere sido suficiente para terminar con la resistencia indígena.

*** Martínez Sarasola fue docente de Antropología en las universidades de Buenos Aires, Salta y del Salvador. ''Nuestros paisanos los indios'' —frase tomada de José de San Martín— es su primer libro.**

El principio del genocidio

En el término de 37 años (período 1862-1899) son muertos en el Chaco cerca de 1000 indígenas. Pero la caída del bastión chaqueño significa todavía más. Es la consumación del genocidio, iniciado allí en 1820 de manera sistemática.

Si recordamos que entre 1821 y 1848 habían sido muertos en Pampa, Patagonia y Chaco un total aproximado de 7587 indígenas; que para el período 1862-1899 en el Chaco se suman mil muertos más, y que entre 1849 y 1884 pierden la vida en Pampa y Patagonia otros 3748, podemos afirmar en síntesis que entre 1821 y 1899 son exterminados en los territorios libres de Pampa, Patagonia y Chaco un total estimado de 12.335 indígenas araucanos, vorogas, ranqueles, tehuelches, pehuenches, mocovíes, abipones y tobas como fruto de las campañas de aniquilamiento llevadas adelante por el Estado nacional en su afán por conquistar aquellos territorios. Estas cifras incluyen sólo a los muertos en combate, dejando de lado a los prisioneros que también se contaron por miles, o los centenares de heridos que no murieron en los campos de batalla sino lejos de él, durante la retirada y días después.

Asimismo cabe agregar que la cifra estimada tampoco incluye —salvo en un caso y en insignificante porcentaje— a los muertos por las epidemias que, en el caso de la viruela por ejemplo, diezmaron a comunidades enteras.

La dimensión de las cifras se agiganta también cuando pensamos que para el período considerado en promedio, la población indígena de Pampa y Patagonia ascendía a unos 45.000 habitantes, mientras que la de Chaco llegaba a otro tanto, lo que da un resultado del 14 por ciento de la población suprimida por vía violenta.

Por otra parte, es importante consignar que el número de 12.335 es el estimado mínimo de acuerdo con la documentación oficial existente a través de los partes de guerra —principalmente—, correspondencia, informes al Parlamento y memorias de los ministerios, por lo cual no es nada descartable que esa cifra pueda ser aumentada aun considerablemente si se llevasen a cabo investigaciones más profundas.

Para cerrar este panorama, digamos que si agregáramos los 4000 guaraníes que como mínimo murieron durante la insurrección de Artigas y Andresito (1816-1819) y los otros tantos yámanas y onas desaparecidos entre 1880 y 1900, concluimos que durante el siglo XIX, a consecuencia de las operaciones militares (Pampa, Patagonia, Chaco); campañas colonizadoras (Extremo Sur) emprendidas por el Estado y las operaciones realizadas por potencias extranjeras (imperio portugués en el Litoral) murieron por vía violenta no menos de 20.000 indígenas.

C.M.S.

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Doce cuentos peregrinos*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 11 pesos). En plena madurez, García Márquez vuelve a sus grandes temas: el amor, el desconcierto ante la realidad, la profecía de los sueños.	1	4
2	*El amante*, por Margueritte Duras (Tusquets, 13 pesos). Resucita entre los best-sellers, a propósito de la película de Jean-Jacques Annaud basada en ella, la historia de amor ambientada a fines de los años 20 en Indochina entre una quinceañera francesa y un chino treintañero, rico y cariñoso.	2	2
3	*El canto del elefante*, por Wilbur Smith (Emecé, 18 pesos). Un naturista mundialmente famoso, Daniel Armstrong, inicia una cruzada para salvar a los animales en Zimbabwe. Desde Londres, una joven antropóloga se suma a su cruzada.	6	13
4	*Cuando digo Madgalena*, por Alicia Steimberg (Planeta, 12,40 pesos). Novela ganadora del Primer Premio Planeta Biblioteca del Sur, cuenta el fin de semana que pasa en una estancia un grupo de personas participante de un curso de control mental. La voz que narra es la de una mujer perturbada, aparentemente, por lo sucedido.	4	3
5	*La ciudad ausente*, por Ricardo Piglia (Sudamericana, 11 pesos). La novela teje a partir de un eje móvil —el vacío del mundo que se abre para Macedonio Fernández cuando muere su mujer —, y de una máquina de contar, un relato de la Argentina última, visible y sin embargo desconocida.	3	12
6	*La suma de todos los miedos*, por Tom Clancy (Emecé, 26 pesos). Jack Ryan, legendario personaje de Clancy, es ahora un alto funcionario de inteligencia que concibe un plan de paz para Medio Oriente. El plan fracasa y estalla una crisis nuclear mundial.	7	7
7	*Vox*, por Nicholson Baker (Alfaguara, 14 pesos). Un hombre, una mujer y un teléfono son los ingredientes con que el inclasificable Nicholson Baker construye la más inteligente y transgresora novela erótica de los últimos tiempos.	5	12
8	*American Psycho*, por Bret Easton Ellis (Ediciones B, 15,50 pesos). Un autor polémico y una historia controvertida. Patrick Bateman es joven, rico, psicópata y elegante.viste, almuerza y juega con el mismo refinanciamiento con que viola, tortura y mata a sus víctimas.	9	35
9	*Sol naciente*, por Michael Crichton (Emecé, 15 pesos). Una historia en la que los japoneses son los malos. Dispuestos a hacer negocios, inauguran la sede de una corporación en Los Angeles. Se descubre un cadáver y el negocio se transforma en una guerra sin cuartel.	—	5
10	*Mujeres de ojos grandes*, por Angeles Mastreta (Planeta, 12,40 pesos). Un conjunto de cuentos que transcurren en las décadas del 30 y del 40 en Puebla, cuando las mujeres cumplían disciplinadamente su rol social en la ciudad de iglesias. Las protagonistas de los relatos son aquellas que intentan romper con el molde, las mujeres de ojos grandes.	—	14

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Diana, su verdadera historia*, por Andrew Morton (Emecé, 16 pesos). La biografía no autorizada de la princesa que irritó a tal punto a la familia real inglesa que todo aquel sospechoso de haber contado intimidades sobre la tormentosa vida de Lady Di tiene prohibido el acceso al palacio.	1	4
2	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). Nueva visita para desentrañar el viejo escándalo de contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno. Una investigación que pone de manifiesto quién ejerce el poder real en el país.	2	20
3	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos). ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	5	38
4	*Misión cumplida*, por Martín Granovsky (Planeta, 17,80 pesos). La historia de la presión norteamericana sobre la Argentina, de Braden a Todman. Y todos los entretelones sobre cómo "el virrey" Todman anudó las relaciones carnales con el gobierno de Carlos Menem.	—	6
5	*La cultura de la satisfacción*, por John Kenneth Galbraith (Emecé, 15 pesos). Figura mayor de la economía contemporánea, John Kenneth Galbraith analiza y denuncia el egoísmo y la ceguera de los prósperos.	4	2
6	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	3	61
7	*El nacimiento del mundo moderno*, por Paul Johnson (Vergara, 22 pesos). El autor de *Tiempos modernos* pone el foco en los quince años de ideas, tecnologías e inventos nuevos y en figuras como Delacroix, Hegel, Jane Austen, Bolívar, Víctor Hugo y Goethe, que alumbraron el mundo moderno.	6	2
8	*El fin de la historia y el último hombre*, por Francis Fukuyama (Planeta, 19,50 pesos). Fukuyama, un asesor del Departamento de Estado norteamericano, generó una polémica de decibeles inesperados con la publicación de un artículo de pocas páginas. A lo largo del libro, responde si existe una dirección en la historia del hombre y si en verdad terminó.	9	10
9	*Mossad: confesiones de un desertor*, por Víctor Ostrovsky y Claire Hoy (Planeta, 17 pesos). Ostrovsky, un ex katsa —oficial de servicios especiales—, narra su odisea en el seno de la organización de espionaje israelí.	8	7
10	*Te quiero, pero...*, por Mauricio Abadi (Ediciones BETA, 14 pesos). El psiquiatra y psicoanalista Abadi —asiduo visitante de los medios de comunicación— escribe un libro sobre "los problemas de pareja hoy". El autor recurre a un triángulo amoroso del que participan él y dos lectoras imaginarias.	—	12

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Marguerite Duras: **El amante** (Tusquets). Ocho años después de su primera edición, resucita esta tersa novela de amor en Indochina, en la que hay tanto de autobiografía como de lucidez poética.

Elvio Gandolfo: **Dos mujeres** (Alfaguara). Dos relatos sobre otras tantas mujeres —una gorda y sórdida, la otra fantasmal: ambas en posición de asedio al hombre— confirman la plena madurez y el virtuosismo del autor de *La reina de las nieves*.

Banana Yoshimoto: **Kitchen** (Tusquets). La intimidad del Japón revelada por una admirable narradora de 26 años a través de dos historias en las que se funden —sin confundirse— los sexos, las soledades, las tradiciones y los sentimientos.

Hayden White: **El contenido de la forma** (Paidós). Ocho ensayos de uno de los maestros de la teoría literaria, entre los cuales hay tres, notables, sobre el valor de la narratividad para representar el mundo real y encontrar sus significados.

Carnets///

FICCION

Fabricante de sombras



CASAS SIN PUERTAS, por Peter Straub. Ediciones B, 378 páginas. **MISTERIO**, por Peter Straub. Ediciones B, 584 páginas.

Lejos del mundanal alarido de Stephen King, apartado de los vampiros barrocos de Anne Rice, renegando de las deformes criaturas de Clive Barker, el norteamericano Peter Straub se ha ido consagrando sin pompa ni ruido de cadenas como el mejor y más sofisticado escritor dentro de ese género que —por cuestión de comodidad— se ha dado en llamar *terror*.

Straub —a quien sólo puede criticársele su sociedad con King a la hora de alumbrar ese mastodonte que supo combinar partes de Huck Finn con el fárrago de *El señor de los anillos* bajo el nombre de *El talismán* (Planeta)— es el orgulloso creador del único monstruo de la literatura contemporánea digno de medirse con Drácula o Frankenstein: la vengativa Alma Mobley, fantasmal protagonista de esa biblia llamada *Fantasmas* (Emecé). Desde entonces, Straub ha ido refinando su escritura optando por lo inquietante antes que lo efectista, alejándose de sus camaradas terroristas del presente prefiriendo la ectoplasmática compañía de los modélicos Sheridan Le Fanu, Daphne Du Marier, W. E. Jacobs y —sobre todo— Henry James. No es casual entonces que sus últimos dos libros tengan como testigos del espanto a personas jóvenes que se disponen a padecer el privilegio del fantasma iniciático, se preparan a saber más que las "personas normales".

Misterio comparte algunos signos con otra obra del autor —*La tierra de las sombras* (Emecé)—. La acción transcurre en Mill Walk, una pequeña isla del Caribe, y los héroes absolutos de la trama son el adolescente Tom Pasmore y el anciano y legendario detective Lamont Von Heilitz. La trama —en principio— es perturbadoramente compleja, pero la cuidada prosa de Straub, la habilidad para describir ambientes, historias familiares y paisajes exóticos juegan de parte del lector a la hora de intentar descubrir la razón de dos crímenes astutamente salpicados con elementos sobrenaturales; dos asesinatos que, en realidad, son tenues máscaras de misterios más ominosos y definitivos: los de la vida y la muerte.

Casas sin puertas —colección de cuentos cuya mecánica interna recuerda un tanto a aquel *Vidas de los poetas*, de E. L. Doctorow— funciona como una suerte de resumen de lo publicado dentro de la obra de Peter Straub a la vez que se presenta como su libro más elegante hasta la fecha. Pequeños sketches descriptivos funcionan como separados de cuentos más largos y sólo cobran sentido pleno cuando se alcanza la última página del libro, la mirada del inocente súbitamente enfrentado a las fuerzas de un pasado incomprensible vuelve a ser el leitmotiv primario —un outsider comienza a ser devorado por la fuerza de las ficciones de su escritor favorito, un joven profesor se enfrenta con sombras pretéritas que se insinúan más sólidas que los lánguidos contraluces del presente, un escritor recuerda un episodio terrible en una sórdida sala de cine, el mapa de una ciudad seguido según el tránsito imprevisible de un asesino intangible— y los mecanismos con que se han construido estas casas sin puertas tienen más que ver con lo psicológico y lo sutil que con lo monstruoso. Todos los relatos son excelentes pero —imposible negarlo— la gema indiscutible de este libro responde al nombre de "La rosa azul", relato que no sólo proporciona al seguidor de Straub la génesis y la coda de su ingeniosa novela vietnamita con asesino serial —*Koko* (Ediciones B)— sino que también, sin ningún esfuerzo y con una sencillez que quita el aliento, se convierte en uno de los más brillantes ejercicios sobre la maldad infantil y crece, orgulloso y terrible, hasta alcanzar las alturas de aquel inolvidable "Sredni Vashtar" de Saki donde, como aquí, un niño descubre que nada hay más fácil que fabricar una sombra imperecedera para el lector. Alcanza con practicar el asesinato precoz con la misma sutil impunidad con que Peter Straub camina por la arquitectura de estas casas cuyas puertas se abren para dejar entrar al incauto para desaparecer —bien aceitadas— a la hora de impedir la fuga de todo aquel que se ha expuesto a sus misterios.

RODRIGO FRESAN

FICCION

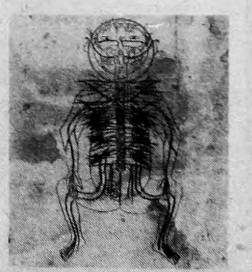
El maestro silencioso

LOS ELEMENTALES, por Daniel Guebel. Beatriz Viterbo Editora, 1992.

"—Yo creo que ya deberíamos dejar de pensar en asuntos accesorios y concentrarnos en el fascinante asunto central.
—¿Y ése, cuál es? —dijo Pomponi.
—¿Cuál es? —Porfirio sonrió—. Los Objetos Eternos."

A través de un asunto central tan abstracto, Daniel Guebel pretende desconcertar al lector que venía siguiéndolo desde los castillos del príncipe Arnulfo y que había atravesado gozoso las nubes de opio en la Malasia del emperador. Esta vez, la única aventura consiste en desentrañar la relación entre el científico Bernetti y su grupo de seguidores. Si bien ya no hay personajes de abolengo real como en sus obras anteriores (*Arnulfo o los infortunios de un príncipe*, De la Flor, 1988, y *La perla del emperador*, Emecé, 1990), en esta tercera novela el científico protagonista tiene el status de un semidiós. Unico mortal que presumiblemente está en contacto con los Objetos Eternos, Bernetti renuncia para esto a sus atributos de ser humano. Vegeta en un estado de incorruptibilidad y atonía y sólo se manifiesta mediante un brillo y un esplendor que finalmente cesará, apagando con él una ola de interpretaciones para desencadenar otras nuevas.

En efecto, el texto va creciendo en este movimiento de mareas con las conjeturas tejidas por los discípulos. Voces que de a poco dejan de ser anónimas para ser patrimonio de personajes que sólo son esa voz y el apellido que los nombra. Diálogo casi continuo en el que —a partir del segundo capítulo— se confunde la voz del narrador con las de los demás discípulos. A diferencia de los diálogos platónicos, el maestro aquí brilla por su silencio y son sus admiradores los que hablan y predican sobre su poder. Pero como en la caverna de Platón, éstos sólo tienen acceso a las sombras, al reflejo de los Objetos Eternos que despide el cuerpo átono de Bernetti. Sombras que "en la repetición de sus arribos rompían la exquisita monotonía de nuestra espera" pero que, a pesar de la calidad de la prosa que se logra en muchos momentos, no pueden oscurecer la monotonía del lector, quien queda al final —como Pomponi— preguntándose cuál es el asunto principal. Con el afán de inscribirse en una estética antirreferencial, Daniel Guebel teme contar una historia y se limita a presentar una situación que se podría condensar en la relación que cualquier factor de poder (un hombre o una institución) establece con sus seguidores. Al menos, el lector tiene la libertad de reponer el contenido e imaginar una historia —elemental— con estos personajes.



CRISTINA FANGMANN

Best Sellers///

Ficción

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Doce cuentos peregrinos*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 11 pesos). En plena madurez, García Márquez vuelve a sus grandes temas: el amor, el desconcierto ante la realidad, la profecía de los sueños.	1	4
2	*El amante*, por Margueritte Duras (Tusquets, 13 pesos). Resucita entre los best-sellers, a propósito de la película de Jean-Jacques Annaud basada en ella, la historia de amor ambientada a fines de los años 20 en Indochina entre una quinceañera francesa y un chino treintañero, rico y cariñoso.	2	2
3	*El canto del elefante*, por Wilbur Smith (Emecé, 18 pesos). Un naturista mundialmente famoso, Daniel Armstrong, inicia una cruzada para salvar a los animales en Zimbabwe. Desde Londres, una joven antropóloga se suma a su cruzada.	6	13
4	*Cuando digo Madgalena*, por Alicia Steimberg (Planeta, 12,40 pesos). Novela ganadora del Primer Premio Planeta Biblioteca del Sur, cuenta el fin de semana que pasa en una estancia un grupo de personas participante de un curso de control mental. La voz que narra es la de una mujer perturbada, aparentemente, por lo sucedido.	4	3
5	*La ciudad ausente*, por Ricardo Piglia (Sudamericana, 11 pesos). La novela teje a partir de un eje móvil —el vacío del mundo que se abre para Macedonio Fernández cuando muere su mujer—, y de una máquina de contar, un relato de la Argentina última, visible y sin embargo desconocida.	3	12
6	*La suma de todos los miedos*, por Tom Clancy (Emecé, 26 pesos). Jack Ryan, legendario personaje de Clancy, es ahora un alto funcionario de inteligencia que concibe un plan de paz para Medio Oriente. El plan fracasa y estalla una crisis nuclear mundial.	7	7
7	*Vox*, por Nicholson Baker (Alfaguara, 14 pesos). Un hombre, una mujer y un teléfono son los ingredientes con que el inclasificable Nicholson Baker construye la más inteligente y transgresora novela erótica de los últimos tiempos.	5	12
8	*American Psycho*, por Bret Easton Ellis (Ediciones B, 15,50 pesos). Un autor polémico y una historia controvertida. Patrick Bateman es joven, rico, psicópata y elegante, viste, almuerza y juega con el mismo refinanciamiento con que viola, tortura y mata a sus víctimas.	9	35
9	*Sol naciente*, por Michael Crichton (Emecé, 15 pesos). Una historia en la que los japoneses son los malos. Dispuestos a hacer negocios, inauguran la sede de una corporación en Los Angeles. Se descubre un cadáver y el negocio se transforma en una guerra sin cuartel.	—	5
10	*Mujeres de ojos grandes*, por Angeles Mastreta (Planeta, 12,40 pesos). Un conjunto de cuentos que transcurren en las décadas del 30 y del 40 en Puebla, cuando las mujeres cumplían disciplinadamente su rol social en la ciudad de iglesias. Las protagonistas de los relatos son aquellas que intentan romper con el molde, las mujeres de ojos grandes.	—	14

Historia, ensayo

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Diana, su verdadera historia*, por Andrew Morton (Emecé, 16 pesos). La biografía no autorizada de la princesa que irritó a tal punto a la familia real inglesa que todo aquel sospechoso de haber contado intimidades sobre la tormentosa vida de Lady Di tiene prohibido el acceso al palacio.	1	4
2	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). Nueva visita para desentrañar el viejo escándalo de contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno. Una investigación que pone de manifiesto quién ejerce el poder real en el país.	2	20
3	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos). ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	5	38
4	*Misión cumplida*, por Martín Granovsky (Planeta, 17,80 pesos). La historia de la presión norteamericana sobre la Argentina, de Braden a Todman. Y todos los entretelones sobre cómo "el virrey" Todman anudó las relaciones carnales con el gobierno de Carlos Menem.	—	6
5	*La cultura de la satisfacción*, por John Kenneth Galbraith (Emecé, 15 pesos). Figura mayor de la economía contemporánea, John Kenneth Galbraith analiza y denuncia el egoísmo y la ceguera de los prósperos.	4	2
6	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	3	61
7	*El nacimiento del mundo moderno*, por Paul Johnson (Vergara, 22 pesos). El autor de *Tiempos modernos* pone el foco en los quince años de ideas, tecnologías e inventos nuevos y en figuras como Delacroix, Hegel, Jane Austen, Bolívar, Víctor Hugo y Goethe, que alumbraron el mundo moderno.	6	2
8	*El fin de la historia y el último hombre*, por Francis Fukuyama (Planeta, 19,50 pesos). Fukuyama, un asesor del Departamento de Estado norteamericano, generó una polémica de decibeles inesperados con la publicación de un artículo de pocas páginas. A lo largo del libro, responde si existe una dirección en la historia del hombre y si en verdad terminó.	9	10
9	*Mossad: confesiones de un desertor*, por Víctor Ostrovsky y Claire Hoy (Planeta, 17 pesos). Ostrovsky, un ex katsa —oficial de servicios especiales—, narra su odisea en el seno de la organización de espionaje israelí.	8	7
10	*Te quiero, pero...*, por Mauricio Abadi (Ediciones BETA, 14 pesos). El psiquiatra y psicoanalista Abadi —asiduo visitante de los medios de comunicación— escribe un libro sobre "los problemas de pareja hoy". El autor recurre a un triángulo amoroso del que participan él y dos lectoras imaginarias.	—	12

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Marguerite Duras: **El amante** (Tusquets). Ocho años después de su primera edición, resucita esta tersa novela de amor en Indochina, en la que hay tanto de autobiografía como de lucidez poética.

Elvio Gandolfo: **Dos mujeres** (Alfaguara). Dos relatos sobre otras tantas mujeres —una gorda y sórdida, la otra fantasmal: ambas en posición de asedio al hombre— confirman la plena madurez y el virtuosismo del autor de *La reina de las nieves*.

Banana Yoshimoto: **Kitchen** (Tusquets). La intimidad del Japón revelada por una admirable narradora de 26 años a través de dos historias en las que se funden —sin confundirse— los sexos, las soledades, las tradiciones y los sentimientos.

Hayden White: **El contenido de la forma** (Paidós). Ocho ensayos de uno de los maestros de la teoría literaria, entre los cuales hay tres, notables, sobre el valor de la narratividad para representar el mundo real y encontrar sus significados.

Carnets///

FICCION

Fabricante de sombras

CASAS SIN PUERTAS, por Peter Straub. Ediciones B, 378 páginas.
MISTERIO, por Peter Straub. Ediciones B, 584 páginas.

Lejos del mundanal alarido de Stephen King, apartado de los vampiros barrocos de Anne Rice, renegando de las deformes criaturas de Clive Barker, el norteamericano Peter Straub se ha ido consagrando sin pompa ni ruido de cadenas como el mejor y más sofisticado escritor dentro de ese género que —por cuestión de comodidad— se ha dado en llamar *terror*.

Straub —a quien sólo puede criticársele su sociedad con King a la hora de alumbrar ese mastodonte que supo combinar partes de Huck Finn con el fárrago de *El señor de los anillos* bajo el nombre de *El talismán* (Planeta)— es el orgulloso creador del único monstruo de la literatura contemporánea digno de medirse con Drácula o Frankenstein: la vengativa Alma Mobley, fantasmal protagonista de esa biblia llamada *Fantasmas* (Emecé). Desde entonces, Straub ha ido refinando su escritura optando por lo inquietante antes que lo efectista, alejándose de sus camaradas terroristas del presente prefiriendo la ectoplasmática compañía de los modélicos Sheridan Le Fanu, Daphne Du Marier, W. E. Jacobs y —sobre todo— Henry James. No es casual entonces que sus últimos dos libros tengan como testigos del espanto a personas jóvenes que se disponen a padecer el privilegio del fantasma iniciático, se preparan a saber más que las "personas normales".

Misterio comparte algunos signos con otra obra del autor —*La tierra de las sombras* (Emecé)—. La acción transcurre en Mill Walk, una pequeña isla del Caribe, y los héroes absolutos de la trama son el adolescente Tom Pasmore y el anciano y legendario detective Lamont Von Heilitz. La trama —en principio— es perturbadoramente compleja, pero la cuidada prosa de Straub, la habilidad para describir ambientes, historias familiares y paisajes exóticos juegan de parte del lector a la hora de intentar descubrir la razón de dos crímenes astutamente salpicados con elementos sobrenaturales; dos asesinatos que, en realidad, son tenues máscaras de misterios más ominosos y definitivos: los de la vida y la muerte.

Casas sin puertas —colección de cuentos cuya mecánica interna recuerda un tanto a aquel *Vidas de los poetas*, de E. L. Doctorrow— funciona como una suerte de resumen de lo publicado dentro de la obra de Peter Straub a la vez que se presenta como su libro más elegante hasta la fecha. Pequeños sketches descriptivos funcionan como separados de cuentos más largos y sólo cobran sentido pleno cuando se alcanza la última página del libro, la mirada del inocente súbitamente enfrentado a las fuerzas de un pasado incomprensible vuelve a ser el leitmotiv primario —un outsider comienza a ser devorado por la fuerza de las ficciones de su escritor favorito, un joven profesor se enfrenta con sombras pretéritas que se insinúan más sólidas que los lánguidos contraluces del presente, un escritor recuerda un episodio terrible en una sórdida sala de cine, el mapa de una ciudad seguido según el tránsito imprevisible de un asesino intangible— y los mecanismos con que se han construido estas casas sin puertas tienen más que ver con lo psicológico y lo sutil que con lo monstruoso. Todos los relatos son excelentes pero —imposible negarlo— la gema indiscutible de este libro responde al nombre de "La rosa azul", relato que no sólo proporciona al seguidor de Straub la génesis y la coda de su ingeniosa novela vietnamita con asesino serial —*Koko* (Ediciones B)— sino que también, sin ningún esfuerzo y con una sencillez que quita el aliento, se convierte en uno de los más brillantes ejercicios sobre la maldad infantil y crece, orgulloso y terrible, hasta alcanzar las alturas de aquel inolvidable "Sredni Vashtar" de Saki donde, como aquí, un niño descubre que nada hay más fácil que fabricar una sombra imperecedera para el lector. Alcanza con practicar el asesinato precoz con la misma sutil impunidad con que Peter Straub camina por la arquitectura de estas casas cuyas puertas se abren para dejar entrar al incauto para desaparecer —bien aceitadas— a la hora de impedir la fuga de todo aquel que se ha expuesto a sus misterios.

RODRIGO FRESAN

PETER STRAUB
Casas sin puertas
Un mundo oculto que se revela horrible

FICCION

El maestro silencioso

LOS ELEMENTALES, por Daniel Guebel. Beatriz Viterbo Editora, 1992.

"—Yo creo que ya deberíamos dejar de pensar en asuntos accesorios y concentrarnos en el fascinante asunto central.
—¿Y ése, cuál es? —dijo Pomponi.
—¿Cuál es? —Porfirio sonrió—. Los Objetos Eternos."

A través de un asunto central tan abstracto, Daniel Guebel pretende desconcertar al lector que venía siguiéndolo desde los castillos del príncipe Arnulfo y que había atravesado gozoso las nubes de opio en la Malasia del emperador. Esta vez, la única aventura consiste en desentrañar la relación entre el científico Bernetti y su grupo de seguidores. Si bien ya no hay personajes de abolengo real como en sus obras anteriores (*Arnulfo o los infortunios de un príncipe*, De la Flor, 1988, y *La perla del emperador*, Emecé, 1990), en esta tercera novela el científico protagonista tiene el status de un semidiós. Unico mortal que presumiblemente está en contacto con los Objetos Eternos, Bernetti renuncia para esto a sus atributos de ser humano. Vegeta en un estado de incorruptibilidad y atonía y sólo se manifiesta mediante un brillo y un esplendor que finalmente cesará, apagando con él una ola de interpretaciones para desencadenar otras nuevas.

En efecto, el texto va creciendo en este movimiento de mareas con las conjeturas tejidas por los discípulos. Voces que de a poco dejan de ser anónimas para ser patrimonio de personajes que sólo son esa voz y el apellido que los nombra. Diálogo casi continuo en el que —a partir del segundo capítulo— se confunde la voz del narrador con las de los demás discípulos. A diferencia de los diálogos platónicos, el maestro aquí brilla por su silencio y son sus admiradores los que hablan y predican sobre su poder. Pero como en la caverna de Platón, éstos sólo tienen acceso a las sombras, al reflejo de los Objetos Eternos que despide el cuerpo átono de Bernetti. Sombras que "en la repetición de sus arribos rompían la exquisita monotonía de nuestra espera" pero que, a pesar de la calidad de la prosa que se logra en muchos momentos, no pueden oscurecer la monotonía del lector, quien queda al final —como Pomponi— preguntándose cuál es el asunto principal. Con el afán de inscribirse en una estética antirreferencial, Daniel Guebel teme contar una historia y se limita a presentar una situación que se podría condensar en la relación que cualquier factor de poder (un hombre o una institución) establece con sus seguidores. Al menos, el lector tiene la libertad de reponer el contenido e imaginar una historia —elemental— con estos personajes.

CRISTINA FANGMANN

Daniel Guebel
Los elementales



FICCION

Reconocer al asesino

UN TROZO DE MI CORAZON, Richard Ford, Editorial Anagrama. España, 1992, 310 páginas.

Hubo que esperar 16 años. Exactamente desde 1976 para recibir la traducción de *A Piece of My Heart*. Al país llegó antes la colección de relatos *Rock Springs*, escritos once años después de esta novela. Ocurre entonces que Richard Ford está lejos de Rock Springs, y mientras en ese pueblo se creaba un universo particularmente vuelto sobre sí mismo, en *Un trozo de mi corazón*, o para mayor precisión en esa isla de Mississippi que no figura en ningún mapa y es escenario de la novela, hay un despliegue descriptivo incesante que ofrece al lector la posibilidad de encontrar características conocidas ante alguna de las secuencias narradas.

Ford abre el juego con un asesinato. Raymond Chandler decía que "es un disparate no preocuparse por el cadáver" ya que implicaba desperdiciar un elemento valioso dentro de la novela policial. Pero Ford no intenta hacer esto. Sencillamente reconoce al asesino y coloca el suspenso en el asesinado. Primer punto: no pretende castigar al criminal. No trabaja con juicios de valores y sin embargo es razonablemente honesto con el lector.

Es entonces cuando sitúa a sus dos personajes como narradores transformados en uno, único e indivisible. Mientras Robard Hewes vive el presente tratando de borrar todas las huellas de un pasado inverosímil, Sam Newel recuerda los actos cotidianos con su familia. Ambos están solos y presos de sus actos, lejos de la seguridad y los contratiempos. Inmersos en un mundo violento, repleto de acontecimientos extraños y crueles. Los dos (o uno mismo) vueltos a la locura del viejo Mr. Lamb, dueño de la isla fantasma, escultor de su propia naturaleza. Vueltos a la visión descarnada del poder incondicional que tanto determina el comienzo y el fin de la temporada de caza de patos en un mismo día (como el viejo Lamb), como articula un juego salvajemente sexual en recuerdo de los "buenos tiempos" (como Beuna, la prima de Robard).

Tanto Robard Hewes como Sam Newel están exiliados (y también Beuna, Mr. y Mrs. Lamb o los demás personajes). Exiliados los hombres de las mujeres, exiliados cada uno del otro. Ausentes de toda geografía, al margen de todo diálogo, vacilantes en la búsqueda infructuosa de una comunidad que, minuto a minuto, se les niega como salvación. Quizá por eso, el narrador apuesta al monólogo. Aunque sabe, indudablemente Richard Ford lo sabe, que allí tampoco existe la salvación esperada.

Una espiral de espacios en blanco que no se interrumpe ante la proximidad de una conciencia colectiva, puesta en sus padres para Sam Newel o en su mujer para Robard Hewes.

Ford muestra cómo, mientras lo desconocido se desvanece, lo conocido se supera. Y de eso se trata esta novela.

MIGUEL RUSSO

FICCION

La fragmentación de la mirada

TU NO TE QUIERES, Nathalie Sarraute, Tusquets, Barcelona, 180 páginas.

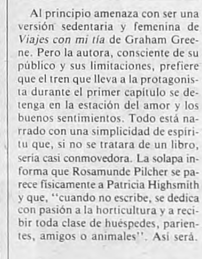
En 1939 Nathalie Sarraute da a conocer sus *Tropismos*. Una serie de (en una acepción aproximada) relatos, bocetos, figuraciones cuya unidad se sostenía en un concepto proveniente de la física: esos movimientos apenas perceptibles de donde surgen los afectos y las acciones. *Tropismos* es también un desplazamiento en lo que daba unidad a una narrativa tradicional: ya no hay unidad de lugar, ni de tiempo, ni de personajes, sino que el eje es una percepción del devenir de la vida como un fluir sin sujetos ni espacios estables. De alguna manera fue *Tropismos* el antecedente más exacto de lo que se conoció en la década del 60 en Francia como *nouveau roman*.

Tú no te quieres retoma una estrategia narrativa utilizada ya en *Enfance* (1984): un diálogo que no es tal en tanto transcurre en el interior del sujeto que cuenta la historia. En el caso de esta última novela, el juego se establece a partir de una oposición en apariencia nimia: la que existe entre aquellos que se quieren a sí mismos y los que no experimentan este sentimientos. En realidad, no hay aquí narración en sentido estricto, no se trata ni de una acción destinada a concluir ni de la historia de un aprendizaje o un descubrimiento. Son líneas de pensamiento articuladas en la insistencia de percibir quiénes son unos y quiénes los otros. Tal como sucedía en *Tropismos*, no hay ningún sentido de la espectacularidad sino un fluir interno. De entre todas las aventuras posibles, la Sarraute elige la más enigmática y la más oculta: la del pensamiento; la de un soliloquio sin ficciones, esa palabra que transcurre sin ser dicha y también para no ser dicha. Si se quiere el texto de Sarraute es un acceso radical a la intimidad, un retrato absolutista de la soledad. Pues esa suma de voces que dialogan, tratando de entender, de recordar, burlándose una de las otras, desdiciéndose, nunca remiten a un centro en el que se pueda identificar algo que señale una situación social, un sexo, una edad. Como si el sujeto que pensara nunca fuera un enigma para sí mismo, como si padeciera o disfrutara de una existencia dada y no sometida a la duda. *Tú no te quieres* parece ser, en este sentido, una realización ficcional del célebre adagio cartesiano: "Pienso, luego existo".

Y a pesar de no estar estructurada como una historia ni condescender a la prosa poética, este texto de Sarraute (que por comodidad editorial puede nombrarse como novela) tiene un atractivo gélido y conmovedor, el de una inteligencia atravesada por una pasión que es —como todas las pasiones verdaderas— desesperada, pero no enfática. Si la propia existencia no es un enigma, sí lo es la de los demás, la de los que se quieren a sí mismos. Y en el trabajo por entender cómo funcionan los otros, aparece la diferencia irreductible: puede saberse cómo piensa uno, pero no cómo lo hacen los demás. Y de esa irreductibilidad nace una teoría de la literatura, ser el conocimiento de los otros, por vía de la indagación en la propia mente. Esa indagación descubre que el sujeto que piensa no es único, sino que está atravesado por voces (que Sarraute narra como "yoes"). El enigma suma un aspecto cuantitativo, lo que se trata de averiguar es si esa multiplicidad recorre la mente de los otros.

En tiempos en que la narración y las historias se erigen en caminos absolutos para la literatura, Nathalie Sarraute insiste, 50 años después, en los tropismos, las historias entrecortadas, los objetos entrevistos, la fragmentación de la mirada, *Tú no te quieres* resiste a la invasión de las historias con las soledades de la meditación y la escritura.

MARCOS MAYER



PERSIANA AMERICANA

"y dos ventanas abiertas, con persianas americanas, que se plegaban y desplegaban como los labios de un dormido viejo desdentado"

Raymond Chandler

LOS PLIEGUES DE LA TIARA. LOS PAPAS Y LA IGLESIA DEL SIGLO XX, por Fernando García de Cortázar y José María Lorenzo Espinosa. Alianza, Madrid, 228 páginas.

Más que escandalosas revelaciones, este libro propone un agudo recorrido por las políticas recientes del Vaticano. Sus dos autores —que parecen jesuitas por su retórica y sus argumentaciones y revelan una disimulada simpatía por la Teología de la Liberación— hacen un balance de cada uno de los papados, desde León XIII hasta Juan Pablo II, a quien dedican sus más efusivas diatribas, acusándolo de fundamentalista retrógrado. Tratándose de una institución que parece existir, desde su pretensión doctrinaria, más allá de los avatares del tiempo, es saludable que se someta al Vaticano a un recorrido histórico que, en este caso, aun siendo interesado, resulta una mirada más que atractiva y recupera datos que permiten entender las actitudes actuales de la Iglesia.

CARRUSEL, por Rosamunde Pilcher. Emecé, 214 páginas.

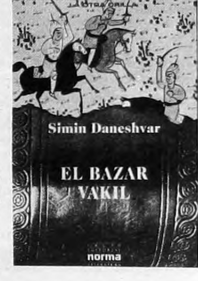
Al principio amenaza con ser una versión sedentaria y femenina de *Viajes con mi tía* de Graham Greene. Pero la autora, consciente de su público y sus limitaciones, prefiere que el tren que lleva a la protagonista durante el primer capítulo se detenga en la estación del amor y los buenos sentimientos. Todo está narrado con una simplicidad de espíritu que, si no se tratara de un libro, sería casi conmovedora. La solapa informa que Rosamunde Pilcher se parece físicamente a Patricia Highsmith y que, "cuando no escribe, se dedica con pasión a la horticultura y a recibir toda clase de huéspedes, parientes, amigos o animales". Así será.

LA VIDA EN FUGA, por Françoise Sagan. Sudamericana, 176 páginas.

Para los franceses la década del 60 fue un período de descubrimientos: el estructuralismo, la nouvelle vague, la certeza de que mayo no es tan predecible como el final de un verano y que en el mapa de los sentimientos no alcanzaba con la serena melancolía de los poemas y guiones cinematográficos de Jacques Prevért. Fue entonces cuando se escucharon otros clamores (aunque, en este caso, no corresponda la sonoridad). Provenían de una joven escritora, con cabello cortado *á la garçon* que saludaba ceremoniosamente, *Bonjour Tristesse*, y que firmaba Françoise Sagan. Y era para llorar, sin tapujos ni temores. En ésta, su última novela (cuyo título francés, "Los falsos fugitivos", remite a Gide), la Sagan se vuelca hacia el humor con las peripecias de un grupo de aristócratas sometidos a los rigores de la vida campesina. Y si entonces se lloraba, ahora también, porque las situaciones reideras son un tanto penosas y porque la Sagan considera que el gran arte debe ser necesariamente trágico. Y siempre, aquí y allá, pinceladas de cultura: "Así como Botticelli elegía a las mujeres lindas, Bosch las escenas de horror, Brueghel los banquetes y la nieve", pintores y adjetivos *pour la gallerie*.

EL BAZAR VAKIL, por Simin Daneshvar. Norma, Bogotá, Colección La otra orilla, 182 páginas.

Un doble exotismo se combina en esta colección de cuentos de la escritora iraní Simin Daneshvar. De esta mezcla casi imposible y de las dificultades que acarrea tal identidad da cuenta la Daneshvar en una carta al lector que cierra el volumen y que resulta de interés para acercarse a una literatura desconocida en la Argentina. Pero mucho más poderosa es la lectura de sus cuentos, medidos, observadores, con algunas influencias latinoamericanas, entre los que se destaca "El teatro", una pequeña joya.



EN LA SENDA DE NIETZSCHE, por Silvio Juan Maresca. Catálogos, 374 páginas.

Este libro es una compilación de artículos escritos entre 1979 y 1990, algunos inéditos y otros publicados en revistas especializadas y en algunos medios, cuya problemática está vinculada de manera central o derivada con el pensamiento de Nietzsche. Maresca, director de la fundación Origen, revela en estos escritos un apasionado conocimiento de la obra de Nietzsche, pero resulta menos eficaz cuando propone polémicas. Sobre todo por que sus contendientes nunca son nombrados (¿tal vez sea uno de ellos Foucault?), lo que hace difícil seguir el hilo de su argumentación y por el énfasis excesivo de su prosa, que dificulta la reflexión de los lectores. Seguramente esto se vincula con el sesgo nacional que propone para su pensamiento, que hace aparecer a sus textos en perpetuo estado de batalla. Para polemistas sin prejuicios.



LAURA TABOADA

RICHARD FORD

Un trozo de mi corazón

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

FICCION

Reconocer al asesino

UN TROZO DE MI CORAZON, Richard Ford, Editorial Anagrama. España, 1992, 310 páginas.

Hubo que esperar 16 años. Exactamente desde 1976 para recibir la traducción de *A Piece of My Heart*. Al país llegó antes la colección de relatos *Rock Springs*, escritos once años después de esta novela. Ocurre entonces que Richard Ford está lejos de Rock Springs, y mientras en ese pueblo se creaba un universo particularmente vuelto sobre sí mismo, en *Un trozo de mi corazón*, o para mayor precisión en esa isla de Mississippi que no figura en ningún mapa y es escenario de la novela, hay un despliegue descriptivo incesante que ofrece al lector la posibilidad de encontrar características conocidas ante alguna de las secuencias narradas.

Ford abre el juego con un asesinato. Raymond Chandler decía que "es un disparate no preocuparse por el cadáver" ya que implicaba desperdiciar un elemento valioso dentro de la novela policial. Pero Ford no intenta hacer esto. Sencillamente reconoce al asesino y coloca el suspenso en el asesinado. Primer punto: no pretende castigar al criminal. No trabaja con juicios de valores y sin embargo es razonablemente honesto con el lector.

Es entonces cuando sitúa a sus dos personajes como narradores transformados en uno, único e indivisible. Mientras Robard Hewes vive el presente tratando de borrar todas las huellas de un pasado inverosímil, Sam Newel recuerda los actos cotidianos con su familia. Ambos están solos y presos de sus actos, lejos de la seguridad y los contratiempos. Inmersos en un mundo violento, repleto de acontecimientos extraños y crueles. Los dos (o uno mismo) vueltos a la locura del viejo Mr. Lamb, dueño de la isla fantasma, escultor de su propia naturaleza. Vueltos a la visión descarnada del poder incondicional que tanto determina el comienzo y el fin de la temporada de caza de patos en un mismo día (como el viejo Lamb), como articula un juego salvajemente sexual en recuerdo de los "buenos tiempos" (como Beuna, la prima de Robard).

Tanto Robard Hewes como Sam Newel están exiliados (y también Beuna, Mr. y Mrs. Lamb o los demás personajes). Exiliados los hombres de las mujeres, exiliados cada uno del otro. Ausentes de toda geografía, al margen de todo diálogo, vacilantes en la búsqueda infructuosa de una comunidad que, minuto a minuto, se les niega como salvación. Quizá por eso, el narrador apuesta al monólogo. Aunque sabe, indudablemente Richard Ford lo sabe, que allí tampoco existe la salvación esperada.

Una espiral de espacios en blanco que no se interrumpe ante la proximidad de una conciencia colectiva, puesta en sus padres para Sam Newel o en su mujer para Robard Hewes.

Ford muestra cómo, mientras lo desconocido se desvanece, lo conocido se supera. Y de eso se trata esta novela.

MIGUEL RUSSO

FICCION

La fragmentación de la mirada

TU NO TE QUIERES, Nathalie Sarraute. Tusquets, Barcelona, 180 páginas.

En 1939 Nathalie Sarraute da a conocer sus *Tropismos*. Una serie de (en una acepción aproximada) relatos, bocetos, figuraciones cuya unidad se sostenía en un concepto proveniente de la física: esos movimientos apenas perceptibles de donde surgen los afectos y las acciones. *Tropismos* es también un desplazamiento en lo que daba unidad a una narrativa tradicional: ya no hay unidad de lugar, ni de tiempo, ni de personajes, sino que el eje es una percepción del devenir de la vida como un fluir sin sujetos ni espacios estables. De alguna manera fue *Tropismos* el antecedente más exacto de lo que se conoció en la década del 60 en Francia como *nouveau roman*.

Tú no te quieres retoma una estrategia narrativa utilizada ya en *Enfance* (1984): un diálogo que no es tal en tanto transcurre en el interior del sujeto que cuenta la historia. En el caso de esta última novela, el juego se establece a partir de una oposición en apariencia nimia: la que existe entre aquellos que se quieren a sí mismos y los que no experimentan este sentimiento. En realidad, no hay aquí narración en sentido estricto, no se trata ni de una acción destinada a concluir ni de la historia de un aprendizaje o un descubrimiento. Son líneas de pensamiento articuladas en la insistencia de percibir quiénes son unos y quiénes los otros. Tal como sucedía en *Tropismos*, no hay ningún sentido de la espectacularidad sino un fluir interno. De entre todas las aventuras posibles, la Sarraute elige la más enigmática y la más oculta: la del pensamiento; la de un soliloquio sin ficciones, esa palabra que transcurre sin ser dicha y también para no ser dicha. Si se quiere el texto de Sarraute es un acceso radical a la intimidad, un retrato absolutista de la soledad. Pues esa suma de voces que dialogan, tratando de entender, de recordar, burlándose una de las otras, desdiciéndose, nunca remiten a un centro en el que se pueda identificar algo que señale una situación social, un sexo, una edad. Como si el sujeto que pensara nunca fuera un enigma para sí mismo, como si padeciera o disfrutara de una existencia dada y no sometida a la duda. *Tú no te quieres* parece ser, en este sentido, una realización ficcional del célebre adagio cartesiano: "Pienso, luego existo".

Y a pesar de no estar estructurada como una historia ni condescender a la prosa poética, este texto de Sarraute (que por comodidad editorial puede nombrarse como novela) tiene un atractivo gélido y conmovedor, el de una inteligencia atravesada por una pasión que es —como todas las pasiones verdaderas— desesperada, pero no enfática. Si la propia existencia no es un enigma, sí lo es la de los demás, la de los que se quieren a sí mismos. Y en el trabajo por entender cómo funcionan los otros, aparece la diferencia irreductible: puede saberse cómo piensa uno, pero no cómo lo hacen los demás. Y de esa irreductibilidad nace una teoría de la literatura, ser el conocimiento de los otros, por vía de la indagación en la propia mente. Esa indagación descubre que el sujeto que piensa no es único, sino que está atravesado por voces (que Sarraute narra como "yoes"). El enigma suma un aspecto cuantitativo, lo que se trata de averiguar es si esa multiplicidad recorre la mente de los otros.



En tiempos en que la narración y las historias se erigen en caminos absolutos para la literatura, Nathalie Sarraute insiste, 50 años después, en los tropismos, las historias entrecortadas, los objetos entrevistos, la fragmentación de la mirada. *Tú no te quieres* resiste a la invasión de las historias con las soledades de la meditación y la escritura.

MARCOS MAYER



PERSIANA AMERICANA

"y dos ventanas abiertas, con persianas americanas, que se plegaban y desplegaban como los labios de un dormido viejo desdentado"

Raymond Chandler

LOS PLIEGUES DE LA TIARA. LOS PAPAS Y LA IGLESIA DEL SIGLO XX, por Fernando García de Cortázar y José María Lorenzo Espinosa. Alianza, Madrid, 228 páginas.

Más que escandalosas revelaciones, este libro propone un agudo recorrido por las políticas recientes del Vaticano. Sus dos autores —que parecen jesuitas por su retórica y sus argumentaciones y revelan una disimulada simpatía por la Teología de la Liberación— hacen un balance de cada uno de los papados, desde León XIII hasta Juan Pablo II, a quien dedican sus más efusivas diatribas, acusándolo de fundamentalista retrógrado. Tratándose de una institución que parece existir, desde su pretensión doctrinaria, más allá de los avatares del tiempo, es saludable que se someta al Vaticano a un recorrido histórico que, en este caso, aun siendo interesado, resulta una mirada más que atractiva y recupera datos que permiten entender las actitudes actuales de la Iglesia.

CARRUSEL, por Rosamunde Pilcher. Emecé, 214 páginas.

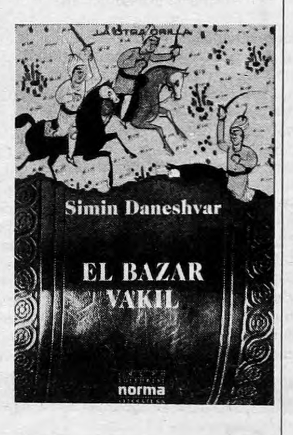
Al principio amenaza con ser una versión sedentaria y femenina de *Viajes con mi tía* de Graham Greene. Pero la autora, consciente de su público y sus limitaciones, prefiere que el tren que lleva a la protagonista durante el primer capítulo se detenga en la estación del amor y los buenos sentimientos. Todo está narrado con una simplicidad de espíritu que, si no se tratara de un libro, sería casi conmovedora. La solapa informa que Rosamunde Pilcher se parece físicamente a Patricia Highsmith y que, "cuando no escribe, se dedica con pasión a la horticultura y a recibir toda clase de huéspedes, parientes, amigos o animales". Así será.

LA VIDA EN FUGA, por Françoise Sagan. Sudamericana, 176 páginas.

Para los franceses la década del 60 fue un período de descubrimientos: el estructuralismo, la nouvelle vague, la certeza de que mayo no es tan predecible como el final de un verano y que en el mapa de los sentimientos no alcanzaba con la serena melancolía de los poemas y guiones cinematográficos de Jacques Prevért. Fue entonces cuando se escucharon otros clamores (aunque, en este caso, no corresponda la sonoridad). Provenían de una joven escritora, con cabello cortado *á la garçon* que saludaba ceremoniosamente, *Bonjour Tristesse*, y que firmaba Françoise Sagan. Y era para llorar, sin tapujos ni temores. En ésta, su última novela (cuyo título francés, "Los falsos fugitivos", remite a Gide), la Sagan se vuelca hacia el humor con las peripecias de un grupo de aristócratas sometidos a los rigores de la vida campesina. Y si entonces se lloraba, ahora también, porque las situaciones reideras son un tanto penosas y porque la Sagan considera que el gran arte debe ser necesariamente trágico. Y siempre, aquí y allá, pinceladas de cultura: "Así como Botticelli elegía a las mujeres lindas, Bosch las escenas de horror, Brueghel los banquetes y la nieve", pintores y adjetivos *pour la gallerie*.

EL BAZAR VAKIL, por Simin Daneshvar. Norma, Bogotá, Colección La otra orilla, 182 páginas.

Un doble exotismo se combina en esta colección de cuentos de la escritora iraní Simin Daneshvar. De esta mezcla casi imposible y de las dificultades que acarrea tal identidad da cuenta la Daneshvar en una carta al lector que cierra el volumen y que resulta de interés para acercarse a una literatura desconocida en la Argentina. Pero mucho más poderosa es la lectura de sus cuentos, medidos, observadores, con algunas influencias latinoamericanas, entre los que se destaca "El teatro", una pequeña joya.



EN LA SENDA DE NIETZSCHE, por Silvio Juan Maresca. Catálogos, 374 páginas.

Este libro es una compilación de artículos escritos entre 1979 y 1990, algunos inéditos y otros publicados en revistas especializadas y en algunos medios, cuya problemática está vinculada de manera central o derivada con el pensamiento de Nietzsche. Maresca, director de la fundación Origen, revela en estos escritos un apasionado conocimiento de la obra de Nietzsche, pero resulta menos eficaz cuando propone polémicas. Sobre todo por que sus contendientes nunca son nombrados (¿tal vez sea uno de ellos Foucault?), lo que hace difícil seguir el hilo de su argumentación y por el énfasis excesivo de su prosa, que dificulta la reflexión de los lectores. Seguramente esto se vincula con el sesgo nacional que propone para su pensamiento, que hace aparecer a sus textos en perpetuo estado de batalla. Para polemistas sin prejuicios.



LAURA TABOADA

Carnets///

BIOGRAFIA

Personaje al descubierto



ROLAND BARTHES - BIOGRAFIA, Louis-Jean Calvet, Gedisa, 324 páginas.

Toda biografía —escribió Barthes en *Ted Quel—* es una novela que no se atreve a decir su nombre." Louis-Jean Calvet se declara ligeramente en desacuerdo sobre este punto: una novela, argumenta, es una producción imaginaria; una biografía —más allá de su mayor o menor intensidad o inclinación interpretativa— gira en torno de una historia ya escrita (la vida del biografiado: el texto ya consumado, se podría decir), el biógrafo recupera esta historia y realiza su reseña. El desacuerdo de Calvet, paradójicamente, abona la tesis de Barthes y sitúa la cuestión en el seno de la compleja red de relaciones. Casi sobre el final de su biografía, Calvet hace mención de algunas novelas que lo tienen a Barthes como personaje ficcional más o menos embozado, según los casos. Destaca fundamentalmente dos textos en los cuales sus autores han ficcionalizado a Barthes sin ambages ni subterfugios: *Los samurais* (Kristeva, 1990), y *Mujeres* (Sollers, 1983). Es de especial interés, en este caso, el texto de Kristeva: para cualquiera que lo haya leído resulta obvio inferir que poco hay de imaginario o inventado en su trama. Se reduce a una autobiografía que no ofrece, obviamente, grandes divergencias con respecto a la vida de su autora. Es en este sentido que se puede decir que *Los samurais* es una novela —y no es el único ejemplo— de algún modo singular, diferencial: es una novela de tipo restitutivo, que restituye una época —en el caso de *Los samurais*, la efervescente época de los 60 en París—, que encuentra en el tópico de la evocación su justificación y sentido. A partir de allí, se puede inferir que toda biografía es una novela: una novela de la restitución, en la que se evoca un cuerpo muerto, se lo describe —y ficcionaliza— en trance vital y se da cuenta de lo que éste ha producido, de su producción en vida.

Este ejercicio de evocación de Calvet redunda en una escrupulosa labor, una minuciosa recolección de *biografemas* —como le hubiera gustado decir a su biografiado— que da cuenta de la vida de Barthes desde su infancia y adolescencia acosadas por la enfermedad y la estrechez económica, su pasión por el teatro, su homosexualidad como un coto tenazmente privado, el amor por la madre, su sistema de trabajo (fichas cuidadosamente elaboradas que recuerdan a Nabokov), sus relaciones laborales y académicas, los seminarios, el grupo de amigos. Una biografía a la manera clásica en la que, como telón de fondo, asoma un serio trabajo de investigación y confrontación de datos.

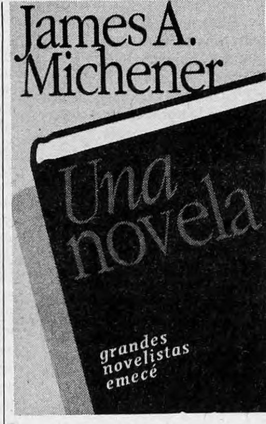
Junto con el libro de Jonathan Culler (*Barthes*, F. C. E. , 1987), esta obra de Calvet viene a completar el perfil de Barthes. El trabajo de Culler se aboca más detenidamente a la obra, mientras que Calvet sondea con más intensidad al personaje y sus circunstancias desde su infancia hasta su muerte. Tanto en un texto como en el otro se pueden rastrear las huellas de Barthes, lo que de Barthes va a quedar más allá de los postulados teóricos o de algunas polémicas insustanciales: el Barthes escritor, aquel cuya prosa dibujaba una filigrana sutil y leve, un *corpus* textual fundado sobre tenues estallidos verbales, palabras reveladoras y luminosas, la música de un estilo. En suma, una escritura y su correspondiente e incorruptible goce.

OSVALDO GALLONE

FICCION

Con mano firme

UNA NOVELA, James A. Michener, Emecé, 398 páginas.



Seguramente Michener, ya octogenario y autor de libros tales como *Sayonara* (cuya versión cinematográfica, allá por 1957, precipitó al menos dos acontecimientos: una excelente actuación de Brando y un antológico reportaje de Truman Capote al actor: "El duque en su dominio"), no va a pasar a la historia de la literatura norteamericana como una combinación explosiva de genio y megalomanía al estilo Mailer, o como un epítome flaubertiano de orfebrería estilística de la estirpe de John Updike. Se sitúa más acá de semejantes extremos y no abreva en las fuentes de ninguna vanguardia prestigiosa. Michener es un consecuente artesano que domina su oficio, y su oficio es contar buenas historias: domeñar su estructura, dibujar de un trazo rotundo el perfil de los personajes, introducir una intriga suficientemente poderosa como para atrapar al lector durante cientos de páginas y lograr que las distintas partes del relato encajen como piezas engastadas por un joyero con experiencia. Eso exactamente es *Una novela*, y no es poco.

Dividida en cuatro grandes partes —"El autor", "La editora", "El crítico" y "La lectora"—, la trama informa sobre el universo que más caro le es a Michener: el mundo de la edición, la lenta y escrupulosa construcción de un *best-seller*, los ciclópeos esfuerzos de todos cuantos participan en su elaboración. Lukas Yoder, el autor, opera como un indiscutible *alter ego* de Michener, pero también *Una novela* parece proponerse como el testamento literario de su autor, una suntuosa *mise au point* que celebra las arduas etapas de la creación literaria exhibiendo en un primer plano, con una sabia dosificación de fruición e impiedad, las relaciones de un autor clásico y balzaciano con su editora —o, más precisamente, su *editing*—, su entorno rural y sus críticos y jóvenes lectores que no terminan de entender un éxito basado solamente en el relato de historias jocundas y verosímiles. Por supuesto que *Una novela* también tiene el ingrediente de un asesinato, y la mano firme de Michener tensa la intriga hasta las páginas finales.

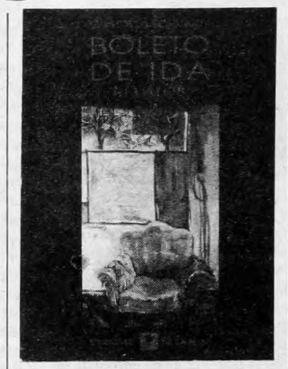
Parábola de los tiempos modernos en cuanto a corrientes literarias se refiere, Michener parece decir en su último libro que está lejos de desdeñar los esfuerzos estilísticos de Pynchon, pero que su punto de goce sigue estando al lado de Jane Austen, lo cual supone una elección tan respetable como cualquier otra.

O.G.

FICCION

El viaje inaugural

BOLETO DE IDA, Graciela Schvartz, Ediciones De La Flor, 155 páginas.



De los quince relatos que conforman la opera prima de Graciela Schvartz (Buenos Aires, 1948), dos se destacan nítidamente del resto y cubren la lógica expectativa que un libro inaugural genera. "Hojas de menta" halla el tono estilístico adecuado que su tema impone, articulando la elaborada cadencia de un hombre estragado por el hábito de la indiferencia. "La nona" es el mejor relato del volumen, con un excelente manejo de los tiempos narrativos y un remate exacto, que contiene al texto que lo precede y lo trasciende hasta convertirlo en una impecable metáfora del rencor y los frágiles mecanismos de la memoria.

Pero si bien resulta innegable que Schvartz posee un estilo narrativo que se complace hasta la fruición en una fascinada morosidad y en una búsqueda flaubertiana de la precisión, tampoco se puede obviar que los remates de los relatos —y a veces hasta su propia materia narrativa— están cruzados por un tono gris que los despoja de toda su eficacia potencial. Como si convivieran en un mismo plano —excluyéndose una en detrimento de otra— la perfección formal y la liviandad de la historia contada. Textos como "Postre de vainillas" o "Tallarines a la Robespierre" —que reconoce un lejano parentesco que lo relaciona con la cortazariana familia de la calle Humboldt— van delineando un desarrollo que genera una expectativa que finalmente no terminan de legitimar. Si un vínculo común reconoce la mayoría de los relatos de *Boleto de ida* es una caída en la intensidad discursiva y quiebras en la tensión que se verifican ostensiblemente en las líneas finales de cada relato.

O. G.

FICCION

Cartografía del odio

LAS MIL Y UNA NOCHES DE DELHI, por Khushwant Singh. Colección Planeta Internacional. Editorial Planeta, 410 páginas.



La literatura suele tener de vez en cuando esa costumbre de emparentarse con la historia, de intentar el bosquejo de un mapa que finalmente logre dibujar la cara de un hombre, de una época, de un pueblo.

Así ocurre con *Las mil y una noches de Delhi*, en donde Khushwant Singh —de nombre tan dudosamente pronunciable como el de casi todos sus personajes— decide incursionar en la ficción como vehículo para volver nuevamente a una de sus viejas obsesiones. Habiendo escrito ya innumerables ensayos sobre Delhi y una historia clásica de los sijs, Singh ha optado —en este intento que le llevó veinte años de elaboración— por el camino de la novela. Y no parece haber equivocado el rumbo.

Uno de esos hombres que algunos no dudarían en calificar de libertino es el narrador central de este texto que ensaya a la vez dos recorridos disímiles y convergentes: por un lado, en lo que toca a este periodista y guía de turismo menos interesado en su trabajo que en las incontables mujeres que pasan por sus manos, la novela se instala en la Delhi moderna y desde allí —entre historias a veces divertidas y a veces terribles— hace desfilar a una infinidad de personajes extraños y encantadores con los que el lector logra familiarizarse y simpatizar desde las primeras páginas. Por otro lado, Singh realiza un corte diacrónico que abarca los últimos seiscientos años de la historia de Delhi (metonímicamente, de la historia india) y que, a través de sucesivos narradores en primera persona, va conformando una cartografía de odios y alianzas que explican no sólo algunos de los conflictos fundamentales de la India sino que justifican también el desenlace de la historia del texto, íntimamente ligado al asesinato de Indira Gandhi y las disputas religiosas entre sijs, hindúes y musulmanes.

Las mil y una noches de Delhi transita con éxito parejo el humor y el dramatismo. Un erotismo que amenaza siempre con perder eficacia pero que conserva finalmente un difícil equilibrio, personajes absurdos y divertidos (un portero que le escribe cartas a la reina de Inglaterra, una amante "baja y rechoncha, con unos dientes desiguales y amarillentos"), enredos múltiples que incluyen amantes, amigas y conocidos denunciados por falsas violaciones son algunos de los ingredientes más atractivos de esta novela en donde, sin embargo, no todo es tan risueño.

Algunos brevísimos pasajes al comienzo y un final patéticamente conmovedor, de donde Singh logra con suma eficacia cambiar el tono del relato y alejarse con sutileza del desenfado y la insolencia del resto de la novela para desembocar en una dramática y bellísima escena que pone en primer plano una violencia que había estado latente a lo largo de toda la narración, completan una de esas novelas cuya lectura ofrece todo el atractivo de los viajes por territorios fascinantes y desconocidos.

KARINA GALPERIN

EL MITO DE LA CAUTIVA

La otra Lucía Miranda

CRISTINA IGLESIA

"Tristes españoles, quién os pudiera hacer cautos para que temierais recibir los dones y daros las señas de este alevoso Sino, para que evitarais sus acechanzas, ya que van ya a acabar con vuestras vidas por robar a la inocente Elena."

Pedro Lozano, *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* (c. 1745).

"Pero la virtuosa matrona más se encolerizaba cuanto mayor era la pasión del bárbaro; se lamentaba de no haber perecido y de la hermosura que tantos males le acarreaba y no podía consentir en mirar con buenos ojos a su nuevo dueño."

Nicolás del Techo, *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús* (1673).

Uno de los capítulos centrales del tercer tomo de "Historia de las mujeres", que Taurus dará a conocer a comienzos de noviembre, es el que la investigadora argentina Cristina Iglesia escribió sobre la cautiva, ese "cuerpo que atraviesa una frontera". Aquí se reproduce el fragmento que estudia la transformación del mito de Lucía Miranda en una alegoría cristiana.



Todos los historiadores jesuitas que a lo largo de los siglos XVII y XVIII rescatan de la crónica laica el mito de Lucía Miranda lo convertirán en mito de origen de la discordia entre indios y españoles y, a la vez, en epopeya sacra. Pero de todas ellas, la versión de Lozano será la más libre, la más compleja y la más eficaz en la utilización del mito.

Los primeros misioneros de la orden de Ignacio de Loyola llegaron al Paraguay a fines del siglo XVI pero fue durante los siglos XVII y XVIII cuando intensificaron su trabajo y organizaron las reducciones de indios en las misiones. En este período los españoles enfrentan numerosos y constantes levantamientos indígenas. Después de cada rebelión sofocada, imponen severos castigos a las tribus sublevadas. A pesar del tiempo transcurrido desde la conquista, la rebelión indígena vuelve a plantear el interrogante crucial: ¿se podrá, finalmente, asimilar al indio o habrá que eliminarlo definitivamente? Como no sabe responder a este interrogante con certeza —un interrogante que está implícito en todas las reflexiones de esos años—, Lozano crea un nuevo comienzo para el mito de Lucía Miranda: "Pero envidioso el demonio de que aquellas reliquias del nombre cristiano hubiesen hecho pie en el imperio que poseyó sin contradicción durante tantos siglos y recelando que aquel corto número de españoles fuese reclamo que llamase a otros para propagar el nombre de Cristo, se ingenió con sus diabólicas trazas para borrar el nombre cristiano y estinguir todo el resto de nuestra nación con una funesta y lamentable tragedia".

La historia del enfrentamiento entre timbúes y españoles provocado por la hermosura de la mujer blanca se ubica en el origen mismo de la conquista rioplatense. El combate de Sancti Spiritu es narrado como un combate decisivo porque el demonio, que actúa a través del indio, tiene, según Lozano, objetivos categóricos: borrar y extinguir el nombre cristiano en América. "Para este fin, propio de su odio mortal al género humano (...) levantó un fatal incendio en el pecho de su principal cacique haciendo que se aficionase torpemente de una española de la que estaban en el presidio, llamada Lucía Miranda." Estamos en plena epopeya sacra. El combate es entre Dios y "El Padre del Engaño", y la crónica jesuítica coloca claramente a españoles e indios en los extremos del bien y del mal. Pero la mujer está instalada en el medio, en ese lugar huidizo, inestable, poco confiable: el lugar de la causa del combate, la causa de la "funesta y lamentable tragedia".

La religión es una forma de la literatura y aunque los escritores jesuitas prefieran mantener en sus historias de temática laica la misma técnica del discernimiento (separar, ordenar, enumerar, distinguir) con la que construyen el discurso de las *Historias* de la orden, la literatura, el mito, lo fabuloso, tiene una eficacia insuperable cuando se trata de alertar, poner en guardia, y ellos hacen también de la eficacia un culto.

El relato de Lozano expande el texto de Ruy Díaz de Guzmán, se permite todas las libertades de la ficción. El narrador insiste en el conflicto interior de la cautiva: "Considérese a esta triste mujer en poder de un bárbaro y loco amante, viviendo con él de puertas adentro, solicitada con halagos, con lisonjas, con sobornos, que son la munición más poderosa para rendir la más fina constancia, principalmente de quien se miraba en tan baja fortuna, y se verá cuán fácilmente hubiera llegado a los últimos términos el impuro amor de Siripo si toda su recia batería no se hubiera encontrado con una firmísima roca, cual era el casto pecho de aquella Lucrecia Española". En este tramo el trabajo con la lengua produce la idea de acecho y resistencia pero el combate es ya cuerpo a cuerpo, el cuerpo bárbaro asediando el cuerpo de la mujer cautiva, el "puertas adentro", la intimidad del cautiverio, el momento del casi abandono y finalmente la resistencia firme de una roca: la cautiva convertida en mármol.

En la reescritura del mito que Lozano realiza hay también lugar para el reproche a la ligereza de los españoles que hospedan a los timbúes dentro del fuerte permitiendo que se consume la traición: "Lo que fue una temeridad digna de que su castigo sirva de escarmiento, en que tomen lecciones los siglos de cuán poco se debe fiar de bárbaros recientes amigos". Es indudable que, a pesar de los siglos transcurridos, ni la superioridad militar ni la tarea de los misioneros en las reducciones han sido suficientes para eliminar el "problema" del indio ni como subversiva presencia material ni como cuestión religiosa. El relato se pone entonces solemne y apela al escarmiento: ya no hay tiempo para cometer errores.

Pero es en el momento de montar el espectáculo final del suplicio de la mujer cristiana cuando Lozano se vuelve más autónomo: "Encendióse una hoguera horrible alrededor de un palo, en la que ligaron a la triste cautiva y mientras la voracidad del incendio le permitió libre el uso de la lengua, no se le oyó sino clamar al cielo por misericordia y ofrecer con ánimo varonil aquel tormento por la remisión de sus pecados, con lo que esperamos saldría del fuego purificada su alma de las manchas que suele contraer la fragilidad humana". Lentamente, un cuerpo manchado de mujer se quema, y el narrador goza con la contemplación del tormento: el fuego purifica ese cuerpo de mujer que ha estado demasiado tiempo entre los bárbaros y la purificación justifica el gozo del narrador, que hasta se permite, bondadoso, apostar a la salvación de la cautiva sin arriesgar ninguna seguridad al lector conmovido. El desea la salvación; lo que decida Dios no se sabrá nunca.

La voracidad del incendio que se apropia del cuerpo de la cautiva para purificarla puede equipararse a la voracidad del discurso jesuita que toma el mito de Lucía Miranda para convertirlo en epopeya sacra. Si el combate terrenal es, en el mito, una derrota para los cristianos, la santificación propone la reivindicación en el plano de lo eterno. No hay mejor modo de neutralizar una derrota que convertir en mártires a los vencidos y no hay mejor posibilidad de salvación eterna que la muerte como mártir.

El mito de la cautiva blanca tomado de la crónica laica resulta, pues, un valioso exorcismo y también un llamado de alerta sobre los riesgos del mestizaje, sobre todo cuando su dirección es indio-mujer blanca, porque resemantiza el relato con la idea de exterminio y destrucción del blanco.

EL NOMBRE DE LA CAUTIVA. LA CAUTIVA SIN NOMBRE. La cautiva blanca no sólo tiene un nombre, tiene una tradición. Lucía Miranda es, alternativamente, "inocente Elena", o "Lucrecia española".

Del lado de Elena está la sospecha de incitación, pero también el viaje, el amor, la vida y el goce. Del lado de Lucrecia, el castigo, el suicidio, la muerte después del ultraje. Ambas desencadenan guerras o determinan la explicación mítica de hechos históricos tan importantes como la caída de la monarquía en Roma.

Surgida en una crónica que su autor considera humilde portadora de hechos "dignos de memoria pero en tierra miserable y pobre", Lucía Miranda se ubica en el origen de la conquista rioplatense y es la justificación de su carácter violento, francamente salvaje. De no mediar la pasión de un bárbaro por la mujer cristiana todo hubiera sido bonanza entre conquistadores y conquistados. La verdad histórica se distorsiona, se fisura y emerge el mito de la cautiva blanca. Arrebatada a los suyos, provoca una guerra que casi extingue a los españoles del suelo americano. Viaja hacia el afuera; vive, como extranjera, entre los indios. De "puertas adentro" del cautiverio sufre y ama, recuerda, se humilla y ruega. Desobedece las órdenes de su captor. Se reencuentra con su marido y le entrega la fidelidad que ha mantenido intacta para él. Historia de amor con desenlace trágico, la muerte impedirá el mestizaje y castigará lo incitante de su hermosura, "limpiará las manchas que suele contraer la fragilidad humana". Cuerpo deshonrado que debe purificarse, frontera erosionada, la cautiva blanca es el símbolo de la diferencia y de la contaminación entre dos mundos. Si el mito logra convertirla en mártir, la cautiva india, la cautiva sin nombre, esclavizada y violada, habrá sido nuevamente vencida: "Ahora,/ mis hijas están ya en casas grandes, blancas/. Ya nunca más nos saludamos/ con el hermoso saludo de lágrimas./ Nuestras hijas/ están ya en casas de grandes señores/ ya han sido totalmente amansadas".

EL CAZADOR OCULTO

Bernardo Neustadt, animador.

Están acá —ya están sentados ahí— cuatro argentinos del pensamiento, que tienen que ver con muchas propuestas argentinas. Pero, fundamentalmente, esta noche vienen a hablar de los hielos congelados...

Tiempo Nuevo. Canal 11, 18 de agosto, 22.27 hs.

Any Ventura, periodista; **Daniel Haddad, Marcelo Longobardi** y **Mirtha Legrand**, animadores.

ML: ¿De quién estará enamorada (María Julia Alsogaray), che, que dice que siempre está enamorada?

AV: ¿Quién? ¿María Julia?

ML: María Julia.

AV: Del poder... No me cabe ninguna duda.

DH: ¿Y quién representa al poder hoy?

M. Long.: Este almuerzo va a terminar mal...

Almorzando con Mirtha Legrand. Canal 9, 18 de agosto, 13.50 hs.

Atilio Veronelli, actor.

Yo quiero decir que el señor Ante Garmaz es el hombre más bueno del mundo... Me han contado que le pidas lo que le pidas, él te lo da. Y por otro lado, quiero hacerlo reflexionar: ¿yo podría tener algo contra una persona que es amiga del Presidente (Carlos Menem)? ¿Alguien puede dudar de la honestidad de un amigo del Presidente?

La TV ataca. Canal 9, 13 de agosto, 0.32 hs.

Riki Maravilla, cantante; **Mirtha Legrand**, animadora.

ML: ¿Te vas a presentar, en serio, como candidato (a gobernador de la provincia de Salta)?

RM: Estamos estudiando las posibilidades... Creo que el pueblo de Salta está un poco ávido de cambios políticos.

Almorzando con Mirtha Legrand. Canal 9, 19 de agosto, 13.47 hs.

LOS BANDOLEROS RESPETABLES DEL SIGLO XVIII

Los secretos de Potosí

Los metales del Cerro Rico de Potosí alimentaron durante más de cien años el comercio de América, Europa y el Lejano Oriente. En el siglo XVIII se realizaba allí durante los fines de semana un saqueo precursor de lo que haría Butch Cassidy. En este adelanto exclusivo de su libro "Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826" —que Sudamericana editará en setiembre—, el historiador Enrique Tandeter analiza con erudición y minucia los efectos económicos y sociales de las incursiones de los "kajchas", nombre que se les daba a esos bandidos.

ENRIQUE TANDETER

Los fines de semana eran momentos muy singulares en el Potosí del siglo XVIII. Entre los sábados a la tarde y los lunes por la noche, los trabajadores libres (*mingas*) y forzados (*mitayos*) que habían permanecido en el Cerro ininterrumpidamente durante la semana abandonaban las minas y se dirigían a sus ranchos. En esos días, sin embargo, las minas no quedaban desiertas. Por el contrario, el Cerro era invadido entonces por los *kajchas*, hombres que se aprovechaban de la interrupción del trabajo minero regular para extraer para sí los minerales que pudieran encontrar en las minas, los que luego serían refinados en los *trapiches*, pequeñas y rudimentarias instalaciones de molienda manual.

Las fuentes contemporáneas son unánimes en la ambivalencia con la que enfrentan práctica tan original. La monumental *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, de Bartolomé Arzáns de Orsua y Vela, escrita antes de 1750, ejemplifica bien esa actitud, en particular, al narrar las aventuras, hacia 1725-35, de Agustín Quespi. Este era un indio nativo de la Villa, criado en ella por un vizcaíno, el capitán Miguel de Sopeña, quien lo habría entrenado en el manejo de las armas. Agustín se destacó en ese terreno haciendo gala de su destreza en todo tipo de enfrentamientos violentos. Muchos de éstos eran asbolutamente gratuitos y evidenciaban un carácter irascible en extremo. Bastó, por ejemplo, que cuatro visitantes franceses rechazaran el convite de Agustín a beber chicha, vino o aguardiente, para que uno de ellos terminara con la cabeza rota y los otros tres fueran molidos a palos. En otros casos los enfrentamientos reconocen causas de mayor peso vinculadas con la actividad profesional de Agustín. Este era "capitán de kajchas", es decir, que durante los fines de semana encabezaba bandas que invadían el Cerro, y también poseía en propiedad uno de los mencionados trapiches. En consecuencia, entre sus enemigos se encontraban dueños y guardas de minas y también autoridades de la Villa. Todos éstos intentaron alternativamente poner fin a la vida de Agustín o, por lo menos, encarcelarlo para terminar con sus incursiones. En general, esos intentos represivos tuvieron poco éxito, ya que Agustín los derrotaba por la fuerza. Para sus enemigos, Agustín era un "monstruo infernal" cuyas proezas físicas no podían sino ser consecuencia de un "pacto con el demonio".

Arzáns pensaba de manera diferente. Para él, Agustín era ejemplo de una larga tradición potosina de "hombres señalados en valor". Sus actividades le habían permitido acumular una cierta fortuna y con ella socorría generosamente a los que acudían a él; no sólo era "magnánimo" y "liberal" sino que se destacaba por su devoción cristiana concretada en contribuciones para el culto. Entre sus amigos figuraban en lugar prominente hombres de Iglesia que jugaban un papel activo en protegerlo de las autoridades civiles. Arzáns no elude el hecho básico de que los kajchas podían ser definidos como ladrones, pero se rehúsa a condenarlos sin más. Reconoce así que se apropian del mineral "violentamente", es decir, sin el consentimiento del legítimo propietario de la mina, "aunque —acota— lo trabajan a fuerza de sus brazos y riesgo de la vida en todo". Su conclusión es que Agustín "no era nocivo" pues no derribaba los puentes interiores de las minas ni hacía "daño considerable".

La ambivalencia perdurará durante todo el siglo. Entre muchos otros ejemplos, recordemos al cronista Concolorcorvo que hacia 1773 alude a los kajchas como "ladrones" que se emplean en un "honrado ejercicio"; también los llama "permitidos piratas". En 1794 será el intendente de Potosí, Francisco de Paula Sanz, el que se refiera a ellos como un "cuerpo respetable de bandoleros".

El sentido del kajcheo es mucho más claro que su origen. Estaba destinado a actuar a modo de atracción para el asentamiento y permanencia en Potosí de eventuales trabajadores regulares de la minería, y es una entre una larga lista de formas de apropiación directa del mineral más allá del salario. Esas formas fueron a veces enfocadas con óptica moralista como lo hizo el intendente potosino Juan del Pino Manrique en 1786: "...los Indios libres huyen de trabajar en Minas, que no sean notoriamente ricas, por no correrles el interés del robo, que es un indefectible accesorio en todas las faenas de esta gente". En otras ocasiones fueron descriptas más precisa y neutralmente, como lo hace el virrey Amat hacia 1764 cuando propone considerar el kajcheo como una "...especie de compensación de cuerpo a cuerpo (de empresarios a trabajadores mineros) por aquel salario que se les deja de pagar...".

La participación directa de los trabajadores mineros en los rendimientos de las labores fue frecuente en épocas y regiones diferentes. Pero el kajcheo, en particular, tenía varios aspectos negativos para los empresarios y aun para las autoridades de la ciudad. El más general era el de la constitución de un verdadero sector independiente en la minería potosina. En 1759 se habla de cuatro mil kajchas en Potosí; en 1782 y 1792 se mencionan dos o tres mil.

Más allá de su pretendida exactitud, esas cifras aluden al carácter masivo de la práctica en los fines de semana. Esta se efectuaba en bandas que incluían un cabecilla encargado del trabajo concreto de desprender el mineral de la veta y cuatro o más compañeros que acarreaban fuera de la labor los minerales producidos. El cabecilla solía ser uno de entre los trabajadores más calificados de la minería potosina, los indóciles barreteros. Su entrenamiento y el bajo grado de supervisión prevaleciente en las minas le podía permitir dejar sin trabajar durante la semana una sección especialmente rica de la veta para apropiársela durante la incursión del fin de semana.

Naturalmente, a los otros integrantes de la banda les correspondían menos minerales que al cabecilla, pero aun así, infinidad de habitantes de la Villa y sus alrededores se sentían atraídos por las incursiones semanales. Participaban de ellas los mitayos para suplementar su insuficiente jornal o, más específicamente, para juntar el dinero necesario para conmutar su obligación laboral y poder así regresar a su pueblo de origen. Las fuentes mencionan también como participantes del kajcheo a mitayos que, terminada su estancia obligatoria, prolongaban su residencia en Potosí, parientes que acompañaban a los migrantes forzados hasta la Villa, a indios normalmente residentes en la ciudad o "criollos", a mestizos y aun a españoles. En resumen, entre los kajchas, "...se incluye toda especie de gente vagamunda de este Pueblo".

Paradójicamente, quizás el problema más serio que acarreaba el kajcheo, práctica destinada a atraer a los trabajadores libres, radicaba en su contribución a la indisciplina de éstos y la irregularidad en su reclutamiento semanal. En Potosí existía una versión ampliada del culto de "San Lunes", omnipresente en las etapas iniciales de la proletarización en Europa. Resulta evidente que los largos fines de semana de "vicio" y "borrachera" a los que aluden las fuentes, tanto para los trabajadores mineros como para los artesanos, estaban en relación directa tanto con las incursiones a las minas como con el procesamiento de los minerales en los trapiches.

En general, el acceso de los trabajadores a medios de producción propios en la agricultura ha representado una barrera significativa para su efectiva proletarización. Epocas de siembra y cosecha serán así los períodos de menor disponibilidad en Potosí de fuerza de trabajo, tanto libre como forzada. Pero la especificidad que el kajcheo otorga a la cuestión en Potosí es que también el acceso independiente a los recursos minerales se constituye en un obstáculo mayor para la proletarización al volver limitada e irregular la dependencia salarial de los trabajadores mingas. Un golpe de suerte durante el fin de semana y el trabajo minero, y aun Potosí, podían abandonarse por un tiempo, yendo "afuera" de la ciudad, a la provincia de Porco que la rodeaba y en cuyos asientos de Puna y Chaqui se concentraban los kajchas de la Villa. El kajcheo implicó, entonces, la constitución de una verdadera esfera productiva en la minería potosina, que escapaba al control de los empresarios y aun al de las autoridades. Colectiva y masivamente indios, mestizos y aun blancos, protagonizaban la producción como actividad popular.

El autor cuenta su historia

Empecé a investigar sobre la minería de Potosí hace más de veinte años. Yo sabía entonces que, como lo había escrito el cronista indio Guaman Poma de Ayala, "Por la dicha mina es Castilla, Roma es Roma, el papa es papa y el rey es monarca del mundo". Pero ignoraba que la montaña de plata había generado otra de papeles que se hallan dispersos por los archivos del mundo. De Buenos Aires a Bolivia, de España a Francia, de Inglaterra a Estados Unidos, los documentos aparecieron en lugares obvios como el Archivo General de Indias de Sevilla o el Museo Británico en Londres, pero también en otros menos previsibles como entre los papeles que dejó el circujano del ejército de San Martín, o los de Juan Manuel de Goyeneche, premiado con el título de Conde de Huaqui por habernos causado aquel famoso "desastre".

La montaña de papeles estuvo a punto de aplastarme varias veces en estos largos años. El problema era elegir cuál historia contar, algunos dirían inventar. Obviamente, estaba la de la más cruel explotación colonial, la de la infame *mita* que arrancaba por la fuerza a miles de familias indígenas de sus pueblos para hacer rentable la producción de plata. Pero también la del mercado que esa plata creaba y la que usaban y sufrían de modos variados españoles, criollos e indios. Mientras revolvía ideas y papeles, y postergaba este libro, algunas de las tramas se convirtieron en otros (*La participación indígena en los mercados surandinos. Estrategias y reproducción social, siglos XVI a XX,* La Paz, CERES, 1987, y *Economías coloniales. Precios y salarios en América latina, siglo XVIII,* Buenos Aires-México, Fondo de Cultura Económica, 1992). Así, finalmente, puedo ahora narrar mi versión del cruce de la coacción y el mercado en el Potosí colonial, una historia de personajes y problemas.

E.T.